

bacillus de la tuberculosis. Apretamos el paso de nuestras cabalgaduras, reventándolas á palo limpio, y llegamos á la Coruña vitoreados por el rebuzno de un asno, el silbido de una locomotora y el adormecedor murmullo de una gaita : — ¡ Toda una marcha de Wagner !

DOCTORAS Y POLÍTICAS

Las faldas están sobre el tapete... Ningún varón ilustre como Castelar, ó sencillamente varón como Cañete, puede ser espectador dormido del tumulto mujeriego. La mujer ha sido declarada soberana en Finlandia. Se dan ya doctoras... *La Tribuna* aplaude el doctorado de las enaguas y dice además que la mujer ha de dedicarse al sentimiento y á la delicadeza... Será todo lo sentimental y delicado que quiera Labra el amputar una pierna ó el pedir la pena de muerte en garrote vil, pero no veo yo ese sentimiento ni esa delicadeza. Obra delicada y sentimental es asistir á los enfermos; pero no hacen falta doctoras donde sobran hermanas de la Caridad. Y para velar por la infancia en el Hospital de Niños está el director, que cuida de los pequeñuelos tan bien como las madres.

Opongámonos á la irrupción femenina, y meditemos tranquilamente.

Adoro en la andaluza que ama al hombre sobre todas las ciencias y se ocupa sólo en mirar por la

reja del balcón, sin saber que puede dedicarse al estudio de la noción filosófica del delito.

Adoro en la valenciana que tiñe con sus labios y perfuma con su aliento las flores del jardín, sin recordar que puede ascender en globo como su compatriota el distinguido escritor y eminente aeronauta D. Rafael Comenge.

Adoro en la madrileña que durante la misa piensa en Dios y mucho más en un modesto empleado en la administración de Correos, y sin pensar en Trousseau, sale gozosa del templo porque la Virgen le dijo que se casará pronto y no sospecha la rebaja del novio.

Adoro, en fin (basta ya de adoraciones), en mi rubia, que no sabe de los autonomistas ni me pregunta por *El Español*.

Me enamora la *Perfecta Casada*... No le compraría dulces á ninguna doctora, á no ser monina, que si lo fuere, sí se los compraría.

Pero meditemos seriamente. Proudhón afirmaba, después de hacer la autopsia á madame Stael, Roland, Sand, Gautier, Coignet, y demás madamas, la inferioridad moral é intelectual de la mujer.

Daniel Stern (otra madama) dijo en sus *Bosquejos morales* que el genio femenino, aun en sus más brillantes manifestaciones, no alcanzó las cimas del pensamiento. Madame Necker de Saussure anatematizó á su sexo.

Jorge Sand escribió : « La mujer es imbécil por naturaleza ». Hegel y Goethe incluyeron la inteligencia de la mujer en el número de las vegetativas.

Estos juicios son exagerados; sobre todo el de Jorge Sand, el cual, ó la cual, hacía pinitos de hombre, á despecho de Musset, rebajando á sus *correligionarias* para probar que no hay peor cuña que la de la misma mujer.

Sé de muchas mujeres que, sin saber de las peritonitis, son prodigios de talento é instrucción. — Al gorila no se le ha ocurrido nunca proclamarse superior á su esposa. — Una mujer puede tener tanto talento como el más talentoso de los hombres. Pero una cosa es tenerlo, y otra emplearlo en doctorarse.

No es culpa de las mujeres el desenfreno doctoral; es culpa de los filósofos. Dumas, por ejemplo, quiere que las señoras tiren vitriolo á la cara de sus amantes y que sean electores. Dumas quiere hacer de la humanidad un almacén de Schropp y un gallinero al aire libre. El ideal de la mujer cristiana no es ciertamente el del autor de *Las mujeres que matan y las mujeres que votan*.

El Jurado francés que absolvió á todas las *vitrioleras*, cuando sólo madame Tilly podía alegar circunstancias atenuantes, nada más que atenuantes, resucitó la época del *Terror*, dando, además, grande impulso a la revolución faldera. Los franceses salían á la calle con careta ó bozal y, aun así y todo, eran *vitriolados*. La parisiense inocente y cándida se presentaba ante el tribunal con el chiquitín al hombro, y decía : ¡ *No lo volveré á hacer más!*

Los espectadores acariciaban al *bebé*; el Jurado, llorando de ternura, absolvía á la joven seducida, y

al padre de la criatura se le quedaba la cara como un torrezno.

La mujer política es un monstruo. Luisa Michel, pidiendo la cabeza del *tirano* (léase Gambetta), me parece una gallina preparándose á fusilar á un elefante.

La hermosa joven húngara que en las elecciones para diputados á Cortes *corrompió* (así decía el periódico) á un elector, dándole un beso á cambio de un voto por el novelista Yokai, es una vendedora de *La Correspondencia* sin *Correspondencia*.

Proudhón admira á María Antonieta muriendo con dignidad de buena esposa y buena madre, y trina contra madame Roland porque en el patíbulo invocó á la libertad, y no á Roland, el cual se disponía á morir heroicamente como un Catón, de un *metey saca*.

No es que yo crea que todas las mujeres tienen el deber de dedicarse á hacer chocolate, como D.^a Mariquita. Fuera pecado de herejía exigirle esa industria á Emilia Pardo Bazán. Quien nace para hacer chocolate, quien para tomarlo.

Pero tengo por artículo de fe que con la revolución femenina que se desarrolla en nuestros días, peligran las más altas instituciones.

La institución de la familia está amenazada de muerte. Es un hecho que el estudio aniquila física, moral é intelectualmente. Si los hombres se aniquilan, y las mujeres se aniquilan, y todos nos aniquilamos, está perdida la sociedad, ó por lo menos, la cría. (Llamo la atención del Sr. Ministro de Fomento, y continúo meditando seriamente.)

El birrete y la toga en el sexo débil son prendas procedentes de empeño. Me gusta más una mujer de muchas campanillas que una mujer de muchas borlas. Y una española transformada en Camacho me parecería una calamidad para el país.

Prefiero la mujer casera á la mujer pública... Entiendo que las mujeres deben estarse en casa, no precisamente zurciendo descosidos, pero sí adorando á Dios, á sus maridos respectivos, y cuidando de los chiquitines, si tienen chiquitines, ó disponiéndose á tenerlos.

Creo que por muchas glorias que tenga una mujer, ninguna gloria tan buena como la de hacer una criatura ó media docena de criaturas.

Una mujer sabia de veras es menos casadera que una poetisa. No comprendo al marido cuando al niño mientras su esposa echa... consonantes ó se marcha á Filipinas con el propósito de observar el tifón. La ciencia pide eunucos y virgenes... Es el seguro de incendios de la castidad... El arte, lo que se llama arte, pide idealidades, nubes, rocíos, percalinas... cosas que no están al alcance de todas las fortunas. Las sabias y poetisas tienen derecho á dar partos científicos y literarios. Pueden parir problemas de geometría y pequeños poemas. Pero nada más. Ya sé yo que pasan de ahí. Ellas no se lo pierden; pero sí sus maridos, la vecindad y el orden público.

Síntesis científica y filosófica : En esta cuestión de faldas, lo repito, estoy por las de mi rubia.

LA GUILLOTINA

¡Cuántas veces, invadido por la nostalgia de la playa, he salido de Madrid en persecución del mar que me hacía dar tumbos, cuando no me pegaba á la arena, en los regocijados días de la infancia!

Yo también fui poeta cuando cogía cangrejos de mar, allá en mi playa; y aun hoy mismo, de regreso del país de las mentiras, suelo echar una poesía al aire — poesía que no publico, para que no digan; — amasada con rocío del campo y lágrimas de mujer.

La poesía que no me entra por el corazón no me resulta poesía, aunque esté rimada á maravilla y exornada con vistosa hojarasca de galas retóricas. El *Idilio* de Núñez de Arce me sabe mejor que todas las demás producciones del egregio valisoletano; y Becquer, el infortunado enfermo del corazón, me parece, con su desmadejado aspecto de trovador antiguo y sus insolubles tristezas ante el paisaje de la vida, prosaica é ingrata, el más hermoso de los poetas españoles del siglo XIX, aunque Núñez de Arce,

desde el Himalaya de su musa triunfal, haya dicho del pobre poeta que sus versos son suspirillos germánicos y vuelos de gallina. — Me explico y siento perfectamente que Zola — ese gran corazón destrozado por la prosa humana — prefiera los versos de Alfred de Musset á los versos de Victor Hugo, porque el poeta de la *Confesión de un hijo del Siglo* hace el milagro, según dice él, de despertar la juventud del ilustre expatriado de la vida, y la juventud le habla desde la tumba llamándole cariñosamente...

Sugiéreme esta reminiscencia la lectura de una súplica melancólica y sincera que baja desde los hielos de Rusia, con arpegios de musa castellana, pidiendo la vida de Gabriela Bompard. Es un canto deleitoso y férvido á la par, entonado por una poetisa española que recuerda con envidia la bohardilla madrileña en que vivió, cuando ve, desde su casa de Moscow, el eterno encaje de la nieve bordando la copa del árbol y obstruyendo el rumoroso curso del arroyo...

Y la gran embustera, como llamaría Charcot á Gabriela, ha logrado escapar con vida; pero no en alas de la musa castellana, ni tampoco á caballo en la escuela de Nancy, aunque sus manifestaciones basten á determinar lo que se llama el proteo morbos.

La Bompard — dice Salillas en *El Liberal* — « tiene la preocupación de su personalidad que la mueve á apeteer el escándalo. Le basta un indicio para formar una historia; no la detiene ni la contradicción, ni la inverosimilitud; miente con osadía,

con ánimo; no admite controversia, ni censura; lo que le importa es que la mentira circule, tome cuerpo, perturbe, trastorne y haga daño. El « calumnia que algo queda », parece el pensamiento de un delincuente histérico. Son cosas averiguadas que hay naturalezas que producen crímenes y que no se puede pedir peras al olmo. »

Lo que no hubieran alcanzado todas las poesías acumuladas en el Parnaso, ni toda la ciencia encerrada en el cerebro de la escuela de Nancy, lo ha conseguido fácilmente la proverbial cortesía de los franceses.

La civilización no había salido aún á la plaza pública y se asesinaba en nombre de la libertad. La Convención francesa, manchada de odios, se entretenía en montar la guillotina en el fondo de un subterráneo, y mientras Luis XVI merendaba melocotones en la Asamblea, Marat afilaba el tajo. Aquel tajo inconsciente no respetó la debilidad de María Antonieta ni la hermosura de madame Dubarry. Pero en París — dígase lo que se quiera — se impone la cortesía; y la guillotina, con ser quien es, se ha dulcificado moral y materialmente. Ya no es un instrumento tosco y brutal en manos de hombres soeces y sanguinarios. Es un atributo de la ley, en poder de hombres cultos é inteligentes, pulimentado y embellecido en su forma, con un botón de rosa ocultando la media luna del tajo; — y el botón de rosa no ha querido abrirse para recibir la cabeza ensangrentada de una mujer.

Ha salvado á la Bompard la cortesía de la guillo-

tina moderna : todo el París que descolgó de una bohardilla el cadáver de una infeliz mujer y lo acompañó triunfalmente el cementerio, porque era el de la viuda de Enrique Heine, del ruiseñor alemán que, según la frase de un escritor, hizo nido en la peluca de Voltaire.

REVISTA REGIA

Su majestad la Reina salió de su cuidado. Ahora empieza el cuidado para la nación, que tendrá que pagar cinco mil y tanto duros diarios. Ya tiene el niño para ama.

Once días de vida tiene S. M. el Rey Alfonso, León, Fernando María, Santiago, Isidro, Pascual, *etcetera*, y ya le debe el país medio millón. ¡Angelito! Acaba de entrar en pañales, y tiene lo que no pudieron recabar muchos abuelos trabajando toda su vida.

Fijándose en el entusiasmo con motivo del bautizo del nene; no puede negarse que Madrid es muy monárquico.

La razón es muy sencilla : Madrid se divierte. El espectáculo de la República hace poca gracia; maldito el chiste que tiene Salmerón, paseando á pie por las calles y aforrado en un gabán de tricot parduzco.

En cambio, la Monarquía da risa y ocasión á que se esparzan los buenos vecinos de la villa y corte.

¿ Que va el Rey á la salve? Escolta de caballeros

con guantes amarillos, y de señoras que enseñan los bajos...

¿Que vuelve el Rey de la salve? Otra escolta de vecinos en actitud de pasear.

¿Que le han disparado un tiro el Rey? Estupefacción y carreras hacia Palacio.

¿Que le van á quitar la vida á Otero? Emoción y carreras al Campo de Guardias.

¿Que parió la Reina? Perspectivas de fiestas, achuchones por ver al recién nacido, y comentarios sobre si *La Correspondencia* dijo que el regio vástago venía de cabeza ó salía de pie, — ¡y no se meta usted, señora, en honduras tan peliagudas!

Movimiento popular, carreritas... ¿Qué pasa? La carroza real camino de la casa de un Grande, el de Híjar, para llevarle el traje y las ropas interiores que usó S. M. el día de Reyes.

— Pero usted que tanto critica — me decía una señora, — ¡asiste á las ceremonias regias!

— Señora — le contesté — yo no voy á ver al Rey.

— Entonces, ¿á qué?

— Señora, yo voy á que el Rey me vea á mí.

Madrid se divierte con la Monarquía. Lo que dicen las chicas: ¿á qué está una?

Entre tanto continúan escribiendo los republicanos ¡Viva la República! en letras gordas, con lo cual se figuran los tontos que están al cabo de la calle.

Los carlistas, más prácticos, tratan de irse al monte. Esos no se andan por las ramas.

El bautizo sacó á la calle una porción de *toilettes* mujeriegas. Señoras vestidas de negro con pechuga

blanca. Señoras vestidas de encaje negro por cuyos agujeros se ve una prenda de raso blanco que á primera vista parece enagua. Señoras vestidas de riguroso luto con la delantera del muslo en blanco. ¡Muy bien!

En virtud de esos incentivos ó aperitivos, no estaría mal que se modificara un poco el traje masculino: el pantalón, por lo menos, debe llevarse á lo zuavo.

Fué notable también la *toilette* de la nodriza.

La chaqueta era de terciopelo negro con galones y botonadura de oro.

Chambra de batista primosamente bordada y encajada; quiero decir, con riquísimos encajes.

Luciendo de gemelos, en el cuello y en las mangas, monedas de á cinco duros.

El delantal de faya negra bordada de oro,

Zapatos de charol, medias de charol, digo, de seda; hebillas de oro fino y lazos de terciopelo grana.

Pendientes de coral en las orejas, collar de perlas en el pezcueso, y en las trenzas mucho oro y mucha grana. ¡Quién tuviera trenzas, quién pudiera dar de chupar al Rey!

Antes de trajearla así, por supuesto, le dieron un baño de lejía con tusa y jabón: quedó como nueva, y luego, con golpes de grana y oro, una princesa del monte.

« El Rey — dice *La Correspondencia*, y esto es estupendo — rompió en llanto las dos veces que el cardenal Payá le aproximó la sal á los labios. »

Ni más ni menos que un niño cualquiera: ¡mire usted qué Dios!

La misma *Correspondencia* nos cuenta que « llamó la atención el magnífico collar, de tres vueltas, de perlas, del tamaño de Avellanas (con *a* mayúscula; ¿por qué, señora?) que lucía la infanta doña Isabel, así como su diadema y broches de perlas enormes y gruesos brillantes. »

Una señora así, con esas *Avellanas*, tenía que hacer un rasgo, é hizo dos, si no miente *La Correspondencia*: desempeñó el mobiliario y las ropas de un cesante, y estiró la vida, durante algunos meses, á un pobre albañil que no tenía trabajo.

« En esta clase de obras — dice *La Correspondencia* — es en las que emplea con frecuencia sus haberes la familia real de España. »

Ya, ya; no se arruinará con esas dádivas, que parecen de familia de Puerto Rico.

* * *

La Exposición de Horticultura fué brillante y perfumada, según he leído en los papeles.

Yo no fui, ni falta. En cumplimiento de un penoso deber, iba camino del Buen Retiro con mi correspondiente billetito de invitación, que tiene forma de medalla perruna. Se le endosé á un compañero, al cual tuve la suerte de encontrar en el mismo camino, y me quedé á la entrada, confundido modestamente con la canalla, quiero decir, con la gente que no tenía dos pesetas para entrar. Naturalmente, presencié el desfile. Primero salieron tres señoras que pa-

recían acabadas de salir de la fábrica de pastillas de chocolate de Matías López; en seguida, unos cuantos caballeros, al parecer: hubo una pausa en el desfile de figuras, y un guardia empezó á gritar:

— ¡Abran paso!

— ¡Que va á salir un ministro! — me dijo un caballero sin dos pesetas para entrar.

— ¡Que viene un ministro!

Pero no era ministro; era nada menos que la infanta con un ramo de flores, y seguida de su marido y de su cortejo de duquesas y marquesas. ¡Lo que me gusta á mí codearme con las duquesas! En cuanto se me antoja que una señora es duquesa, ya me tienen ustedes ideando el modo de tropezarme con ella. Me hago el que no ve tres sobre un borrico, tropiezo con cualquier animal ó transeúnte, y ¡zas!, me doy un testarazo con la duquesa. Suele levantarme y preguntarme el marido:

— ¿Le ha hecho á usted daño?

— No, señor — le respondo. — Y á su duquesa de usted, ¿se lo he hecho yo?

Á lo mejor resulta que no es duquesa, y hago una plancha soberana.

Duquesas y marquesas legítimas eran las que seguían á la infanta. ¡Bonito espectáculo! Entre dos filas de canalla ó pueblo se destacaba gentil y perfumado, hasta cierto punto, el ramillete aristocrático. La Eulalia, que es una de nuestras primeras infantas, saludaba con mucho *v'lan* — una especie de *chic*, vamos, — y las duquesas y marquesas se inclinaban, quebrándose por la cintura, hasta po-

nerse casi de rodillas. — ¡Abran paso! — gritaba el guardia. — Y allá, cerca del estribo del carruaje de la real casa, aparecía, sin sombrero, la blanquísima cabeza del ilustre poeta cortesano... Vió la infanta al subir al coche, y dijole con timbre de voz bonita y natural : « Adiós, Campoamor ». Fué el mejor saludo de la tarde. La aristocracia de la sangre y la aristocracia del talento se daban los buenos días cara á cara, y la cabecita rubia de la infanta, tan erguida y orgullosa cuando saludó á los *grandes*, se inclinó modestamente, como la flor al halago del jardinero, ante la canosa cabeza del poeta que ha cultivado el jardín de la musa regia. (No estoy muy á gusto con esa frase por lo fino, que acabo de hacer; pero tampoco lo estoy del desfile de la concurrencia.) No estaba la reina, y todo el mundo sabe que yo estoy enamorado de la reina. Las cosas que me pasan á mí no le pasan á nadie. ¡Mire usted que haberme enamorado de la reina! Pero eso no se puede remediar. « No, no has venido al mundo á nada bueno — me decía mi mamá una vez que me pilló desplumando vivo á un pollo, — porque si das guerra ahora, mucha más diste antes de nacer, que á poco me cuestas la vida. » Y tan desahogada como se quedaría la buena señora cuando me dió á luz.

EL GRAN GARCÍA

No sé si Manuel García, ó don Manuel (le daremos *don* por si acaso), es cuestión literaria ó cuestión política. Lo que si sé es que la Habana tiene á Manuel García sentado en la boca del estómago.

No puede ser de otra manera... Manuel García por aquí, Manuel García por allá, pregonada la cabeza (?) de Manuel García...; — y toda una capital ilustrada y digna ocupándose y preocupándose con un García!...

Yo no creí en la existencia de los Juanillones, Melgares y demás Bizcos. Yo no creo tampoco en la existencia de Manuel García. Había de secuestrarme, y, secuestrado y todo, yo le diría : — Usted se engaña, caballero; usted no es Manuel García; tal vez sea usted una persona decente del pueblo.

Pasa con este facineroso (dicho sea sin ofender) lo mismo que con Hipócrates. Á una suma de ciencia se la llamó Hipócrates; á una suma de bandolerismo se le llama... García. De todos modos, parece mentira que *don* Manuel sea ese buen señor que he visto

retratado en varios periódicos. ¡Una persona tan simpática, tan decente, con ojos de indígena á medio degollar y con tipo de vecino documentado! La verdad, *no me resulta*. En materia de asesinos, más ó menos legales, soy una autoridad : ¡he tenido tantos amigos!

Se murmura con extrañeza que Manuel García gasta *bandoleras*. Pero si *don* Manuel robó antes caballos, según cuentan sus biógrafos, y secuestra ahora personas (que todo es robar); si es, en fin, bandolero de nacimiento y oficio, parece natural que gaste bandoleras.

Sin embargo, no hay que fiarse mucho de las prendas de vestir de los hombres célebres. Recuerdo que cuando Maceo llegó á Madrid, los periódicos inventariaron así el equipaje del cabecilla :

Un alfiler.

Cuatro pares de zarcillos grandes.

Dos ídem chicos.

Dos ídem de doguillos.

Dos guardapelos.

Una pulsera.

Cinco anillos.

Se inventaba, pues, un equipo de *cocotte fanée*; se hacían travesuras de ingenio con los baúles de un hombre célebre.

Manuel García es una escrófula. Cuando los organismos están anémicos (y necesitados de hierro) brotan espontáneamente esas manifestaciones... cutáneas, no una, muchas, en distintas partes y siempre anónimas. Manuel García es, por lo menos, un grano

en la nariz... Y es también una preocupación. Si no hubiera Dios — decía Voltaire — convendría inventarlo. Hay que inventar asimismo algún bandido, más ó menos García, para distraer el tedio de la existencia que discurre bajo una atmósfera asfixiante, entre la calma de mares dormilones y las dulzuras de la jalea de guayaba.

La imaginación, que todo lo agiganta, ha hecho de Manuel García un Aquiles con los pies en la manigua y la cabeza en las nubes. Si usted, lector, le nombra y le censura en la Habana, observará bien presto que le dirige una mirada feroz el caballero que se sienta á la vera de usted ; y usted, todo azorado, se preguntará callando : — ¿Le tocará algo á Manuel García este señor que me mira tanto?...

La popularidad de García es enorme, *aplastante*, tentadora... Un sabio como Linares, el naturalista santanderino, vive á solas en su gabinete de estudio, enamorado de los bichos, estudiando y enfrascando sin cesar. Á este sabio, con un talentazo que no le coge en la cabeza, le conocerán mil personas y le reconocerán otra mil... ; — y morirá de viejo sin conseguir la popularidad que alcanzaron á tan poca costa, machete en ristre, los Manueles Garcías!...

Hay, en el fondo del bandolerismo, algo muy triste : el soldado. Recordad á Julio, el soldadito de Ploglof, con sus azules ojos que miraban al cielo blanquecino, buscando la patria perdida en el horizonte infinito y tropezando con una puñalada en mitad del cuello : ¡recordad al soldadito!...

El que escapa con vida vuelve anémico, histérico,

herido por el clima, quebrantado por la manigua, atrofiado, tonto..., ¡loco! En Cádiz y Santander le aguardan los timadores para darle un paquete de velas á cambio del paquete de centenes que reunió, sabe Dios con cuántos sacrificios, pensando en la madre anciana y desvalida... — Es la recompensa que la patria da al soldado.

Una noticia sonora recorrió hace meses, con estremecimientos de sorpresa, las columnas de la prensa habanera. ¡La esposa de Manuel García hallada y detenida! Y aquella prensa publicó interesantísimos relatos, en cuyo fondo latía el acendrado afecto de la prisionera por su esposo acosado y herido. Recuerdo que un dibujo la representaba con cara dura y afilada como una navaja de afeitar, y con un tabaco en la mano derecha. Me parecía mentira que tal retrato fuera la *vera efigie* de la señora. Tal vez, pensaba yo, sea un humorismo del Pons que la dibujó, ó el mismo Manuel García dándonos una broma de carnaval. Decíase que Rosario — á quien trato con tanta franqueza porque así la trataba todo el mundo, — rivalizando á su modo con Mucio Scévola, se quemaría la mano derecha antes que revelar uno sólo de los secretos del titulado Rey de los Campos. Hubiera sido una chamusquina ó determinación sensible, entre otras razones, porque la señora tendría que llevarse á la boca con la mano izquierda la breva que tenía en el dibujo. Por fortuna, no había ni podía haber caso. La señora de García era un botín apreciable; pero, como botín de señora, no quitaba ni ponía fuerza á los aprestos para dar acabamiento al bando-

lerismo. Doña Rosario, prisionera, era una adquisición, pero nada más. Porque el capitán general de Cuba no podía hacer con la señora de García lo que haría éste con la esposa de un general...

En la época del *Terror Rojo*, cuando *Père Duchesne* y *Rougiff* manchaban de virulenta baba las glorias de la Revolución, y los maratistas pedían, en el harapo sangriento que se tituló por ironía de lenguaje *L'Ami du Peuple*, que se reformara el país cortando ochenta mil cabezas, una mujer muy bella y discreta — si no miente un episodio narrado por Louis Blanc — trató, en el *Pont Neuf*, de recabar la vida de su padre, á cambio de inmolar su doncella en las odiosas manos del *Amigo del Pueblo*. « Venid mañana » dijo Marat; y aquel insigne neurópata, que se había calado el gorro del patriota mereciendo llevar el capuchón del presidiario, entregó la orden de libetar al anciano y rechazó el rescate ofrecido por la doncella; — y, como si temiera arrepentirse de su buena obra, atravesó corriendo el puente, mientras el Sena, rojo de sangre, murmuraba á sus pies...